

El padre siente más que nunca la enormidad de su crimen, y comienza á desear secretamente la llegada del sacerdote, pensando, sin embargo, en echar la culpa á su mujer ante sus amigos.

Y al cabo de algún tiempo la puerta se abre, el sacerdote entra conducido por la madre, que, llena de ansiedad, le dice en voz baja :

—*¡Pronto, pronto!*

El buen sacerdote se acerca; pero al momento que el niño le ve, exclama azorado:

—*¡He aquí el cuervo que viene á devorarme!*

Y ocultando su rubia cabeza bajo las sábanas, expira ahogado por un golpe de sangre.

XII

Queremos á Dios; ¡es nuestro Padre!

Queremos á Dios; ¡es nuestro Rey!

¡Qué hermoso es este grito! Arrebata, transporta cuando se repite bajo las bóvedas de nuestras iglesias por vuestras voces con-

movidas, ¡oh madres cristianas! y por las vuestras también, no menos conmovidas, pero más vibrantes, más resueltas y más firmes, padres y obreros católicos!

Cantad, cantad ese estribillo de un alma que tiene necesidad de consolidar su fe cuando mira tanto desfallecimiento en torno suyo.

—

Os hemos visto una tarde, último día de unos ejercicios, con los ojos llenos de lágrimas, alta la cabeza, fija la mirada en el crucifijo del altar, y á algunos con los puños apretados en actitud de combate; os hemos visto arrojando, como guante de desafío á todos los impíos de la tierra, ese grito de la fe, del amor, de la abnegación.

¡Queremos á Dios! ¡Queremos á Dios!

Entonces, subiendo al púlpito, enardecido con vuestro entusiasmo y brillando en sus ojos un relámpago divino, el sacerdote dejó caer de su alma estas palabras ardientes:

—¡Sí, sí! ¡Queremos á Dios!

A Dios en el alma de nuestros hijos por el sacramento del Bautismo.

El niño bautizado es el niño divinizado; el niño hecho hermano de Jesucristo, templo del Espíritu Santo; el niño que ha venido á ser un sagrado depósito para nosotros.

Madres, abrid vuestros brazos á vuestro hijo bautizado: abrazaréis á Jesucristo.

Madres, llevad, llevad á vuestro hijo bautizado por toda vuestra casa, como llevariais una luz ó un perfume para iluminarla ó purificarla, porque con él llevaréis á Jesucristo.

Madres, guardad cerca de vosotras á vuestro hijo bautizado; de él irradiarán la paz, la virtud, la santidad de Jesucristo.

El niño bautizado, inocente aún, es el protector de una casa, es el guardián de su prosperidad y de su bienestar.

El niño sin bautismo es en una casa el germen de la rebelión, de la turbulencia, de la maldición.



Queremos á Dios en el entendimiento de nuestros hijos por la instrucción religiosa.

La instrucción *sin Dios* es el desorden del espíritu; es la corrupción del corazón; es la turbación del hogar.

La instrucción *con Dios* es la paz del espíritu; es la inocencia del corazón; es el porvenir y la seguridad del hogar.

La instrucción *sin Dios* es la luz que conduce al mal; es el egoísmo que todo lo atrae á sí; es el orgullo que desprecia á sus ancianos padres y á su casa.

La instrucción *con Dios* es el buen sentido engrandecido y perfeccionado; es la abnegación que se da, la grandeza que se humilla para levantar á los pequeños; es la alegría; es la conservación del amor de la familia.



Queremos á Dios en nuestras casas por la imagen del crucifijo.

El crucifijo en la casa es la toma de posesión del Dueño á quien todo pertenece, del

Señor que reina, que gobierna, que da y que quita, á quien siempre son debidos el respeto y la sumisión.

El crucifijo en la casa es la mirada de Dios siguiendo cada una de nuestras acciones, examinando cada uno de nuestros pensamientos, descubriendo cada una de nuestras intenciones y sosteniéndonos en la hora en que nos vemos inducidos á ser menos puros, menos probos, menos sufridos.

El crucifijo en la casa es testigo de nuestras penosas labores, consolador de nuestras penas, ayuda de nuestros trabajos, sostén en nuestros desfallecimientos, custodio de nuestra inocencia.

Queremos al crucifijo en el taller del trabajo y en la sala de reunión de la familia. Lo queremos en la cabecera de nuestro lecho; lo queremos en el lugar más honorífico. Y á causa de él y por respeto á él, ¡atrás esas estatuas sensuales, esos libros impíos y esos cuadros profanos que ultrajan el pudor!

Queremos á Dios en la familia por el sacramento del Matrimonio.

El matrimonio *sin Dios* es la unión apasionada, la unión caprichosa, la unión sin fijeza.

El matrimonio *con Dios* es la unión consagrada, la unión santificada, la unión que sólo la muerte puede romper.

El matrimonio *sin Dios* es la turbación del hogar, la inquietud de la familia, la tristeza que el ruido de las fiestas no disipa, el desorden continuo, el deshonor de los hijos.

El matrimonio *con Dios* es el auxilio mutuo, el olvido diario de las contrariedades de todos los días, la alegría de la familia, el honor y la gloria de los hijos.

-co-

Queremos á Dios en nuestro lecho de muerte por la Eucaristía.

¡Oh! Allí, sobre todo, os queremos, ¡oh Jesucristo! ¡oh Dios nuestro!

La muerte *sin Dios* es la angustia, el terror, la desesperación.

La muerte *con Dios* es la seguridad, la esperanza, la paz.

La muerte *sin Dios* es la incertidumbre que aterroriza, el temor que desgarrá, el porvenir que espanta.

La muerte *con Dios* es la tranquilidad que serena, la alegría que dá la fuerza y la sonrisa, el Paraíso que se entreabre.

-e-

¡Oh! Volvámos, volvamos á decirlo :
Queremos á Dios ; ¡es nuestro Padre!
Queremos á Dios ; ¡es nuestro Rey!

-o-

La multitud se retiró radiante y altiva: altiva por su valor y fortalecida consus promesas.

¿No es acaso con palabras de esta naturaleza, palabras que quedan, que germinan, que producen abundantes frutos; no es acaso con ellas con las que se templan las almas, se apaciguan los espíritus, se reanima el amor de la familia?

XIII

¿De dónde viene la paz?

Sobre la playa que arrasa el viento, y donde las olas vienen á morir, se eleva una casita muy pequeña, muy pobre, pero muy apacible, sobre la cual las miradas se detienen con gusto. ¡Está tan lejos del ruido! ¡Está tan graciosamente rodeada de plantas y flores!

Es la casita del *viejo marino*, que vive allí soportando con paz y dulzura los años que Dios le concede.

Durante el día es pescador, para lo que tiene su barca y sus redes, y por la tarde se sienta de cara á las olas dejándose llevar de sus recuerdos.

Allí me gusta sorprenderle con la mirada tendida á lo lejos sobre el Océano y los labios entreabiertos, como si hablase y escuchase. Su vista me tranquiliza, y de ese rostro ennegrecido por el mar se escapa como un rayo de paz.

-o-

Un día le dije:

—¿Cómo es que, siendo pobre, vive usted sin deseos y sin temor? ¿Es posible que sólo Ud., á quien la muerte ha despedazado tantas veces el corazón, pueda sonreír aún? ¿En dónde ha aprendido á tener esa calma, esa sabiduría, esa resignación, esa paz?

—¡Oh!—me dijo moviendo la cabeza.— ¡Esta calma, esta resignación, esta paz! Yo no la he aprendido; la he tenido siempre, siempre. Cuando era niño, me sentía amado de mi madre, y cerca de ella, bajo el influjo de su amor, vino á mi la paz! ¡Después de eso, nunca la he perdido!

—¡Oh, no! Quizá lo habrá Ud. olvidado, pero recuérdelo. ¿Nunca ha tenido Ud. miedo? Cuando estaba Ud. con su madre, ¿nunca pensó que pudiera faltarle algo?

—¿Con mi madre?... Ella tenía un modo de abrazarme y decirme *hijo mío*, que me bastaba más que todo, que me prometía todo, que me aseguraba en todo. Con ella jamás tuve nada que temer, nada que desear; todo lo te-

nía. Cuando sobrevénía una contradicción, y viéndola un poco triste me acercaba con los ojos preñados de lágrimas, me decía: *Deja, hijo mío; voy á pedir á Dios, que es la madre mía como yo lo soy tuya; é iba á ponerse de rodillas, y volvía luego muy risueña, diciéndome: Dios es muy bueno. ¡Oh, sí! Más que yo, porque Él nos ama más. El es madre de los dos.* Y entonces me abrazaba.

Y estas dos palabras: *mi madre, Dios*, hacían un grande efecto en mí. ¿Cómo no quedar tranquilo?



Un día,— tenía yo diez años; permítame usted llorar un momento. Es el único verdadero dolor de mi larga vida;—un día, mi madre me abrazó por última vez, y me dijo con un acento que suena aún en el fondo de mi corazón después de más de sesenta años:

— No olvides que Dios es tu madre: sé tú su hijo.

¡No, no, madre mía! No lo he olvidado; y esta palabra, que siempre resuena aquí,

siempre me ha sostenido, siempre me ha asegurado, siempre me ha consolado. ¡Pobre madre! ¡Me parece que había dado á Dios todo el amor que tenía para mí, y que Dios venía á ser real y materialmente *mi madre!*

No sé cómo sucedía; pero cada vez que algo me apenaba, cada vez que alguna cosa me faltaba, y sobrevenían el dolor y la inquietud, y han venido con mucha frecuencia, oía yo decir dentro de mí, tan distintamente como cuando mi madre me la había dicho, esta dulce palabra: *Dios es tu madre: sé tú su hijo.*

¡Cuántas faltas me ha impedido cometer este pensamiento!

¡Cuántos desfallecimientos evitó á mi alma!

¡Cuánta actividad y presencia de espíritu, cuánto valor me ha dado!

¡Hijo de Dios! ¡Oh! *Con tal que sea yo para Él lo que yo era para mi madre, Él será para mí lo que mi madre era!* Esto me decía yo á menudo y me lo digo todavía, y

siempre, siempre siento que hay cerca de mí *un ser* que me ama, me cuida, y no permitirá que me falte nada: ese ser amante *es mi madre.*

Y si en mi ancianidad me ve Ud. aún, no diré risueño, pues se ríe poco á mi edad; pero sí en calma, feliz, resignado, llorando muchas veces, pero sin amargura, siempre lo debo á esta palabra: *Tú eres hijo de Dios.* Y hay momentos en que, sin darme cuenta, digo á Dios: *¡Madre mía!*

El anciano calló... levantó sus ojos al cielo, sus ojos que se llenaron de lágrimas, y le oí murmurar en voz baja: *¡Dios mío, madre mía!*

—Es necesario perdonarme,—dijo procurando sonreír:—pero vea Ud.: el pensamiento de que yo soy hijo de Dios, y que mi madre y Él se unen para amarme, me hace experimentar todas las emociones de mis primeros años.

Esta alegría del anciano, esta paz, esta serenidad, este reposo del alma, esta juventud del corazón, ¿acaso no son ya posibles?

¡Quizá no haya corazón hartado amante para comprender todo lo que encierran estas palabras : *Soy hijo de Dios!*

XIV

Lecciones recogidas en los campos.

El abuelo está sentado á la sombra de una encina que detiene los rayos del sol, y embalsama el ligero soplo que refresca la frente de aquél.

En pie y cerca de él, con los ojos atentos y la boca sonriente, su nieto le mira y le escucha.

Todo lo demás está en silencio ; un rayo de una claridad muy particular ilumina la frente del anciano, que dice con voz algo temblorosa:

—Tú quieres la dicha, hijo mío. Escucha

la voz de Dios, la dicha es el bien de Dios. Él solo puede decirte en dónde está.

—¿Pero dónde, padre, podré oír esta voz?

—Se escapa suavemente de cada una de las criaturas que pone á nuestro paso... Es ligera como el roce de las hojas de rosa, pero penetra en el alma como el rayo de sol, sin molestarla jamás; más dulce que la voz, por otra parte tan dulce, de tu madre. Ve, hijo mío; recorre la llanura, y vuelve á contarme las enseñanzas que hayas recogido.

I

El niño parte lleno de gozo; mira con curiosidad todo lo que le rodea, pero ninguna voz le habla, y vuelve un poco triste á decir al anciano:

—Padre, he visto el *arroyo* serpenteando en medio de las flores esparcidas acá y allá; parecía murmurar una alegre canción; he escuchado, pero no tenía palabras que pudiese yo comprender.

El *pajarillo* volaba cerca de mí, llevando

en su pico un poco de pluma para su nido.

El *gorrión* reunía para sus hijuelos las migajas que caían de mi pan.

Los *polluelos*, al grito de su madre, se ocultaban bajo sus alas.

La *araña* tejía sus hilos delicados, y repetía su obra cada vez que el viento se la rompía.

La *hormiga* transportaba con premura un grano de trigo á su agujero.

La *abeja* revoloteaba entre las flores, se detenía un momento, y se iba á la colmena cargada de miel.

A todas estas criaturas he sonreído porque me parecían felices; á todas he preguntado: «¿Quién de vosotras me enseñará la dicha?» Y el eco sólo repetía: ¡dicha! ¡dicha!, sin decirme dónde se hallaba.

II

—Tu mirada,—replicó el anciano,—no ha sabido comprender. Escucha:

El *arroyo*, precipitándose al río y hacien-

do en sus riberas que crezcan las flores, ¿no ha enseñado á tu alma que tus días se van como su corriente, y no te ha dicho que debes también, como ella, dejar á tu paso algunas flores?

La amabilidad, hijo mío, es la dicha.



El *pajarillo* que trabaja en su nido, la *hormiga* adquiriendo continuamente un granito de trigo, ¿no han hablado á tu alma de la ocupación y del trabajo?

Ocuparse, hijo mío, es la dicha.



La *abeja* recogiendo su miel para sus hermanas de la colmena y revoloteando gozosa; el *gorrión* recogiendo tu pan para sus pequeños, y mostrándose más feliz aún que la abeja, ¿no han enseñado á tu alma la dulzura de la caridad?

Sacrificarse, consagrarse á los demás, hijo mío, es la dicha.

Los *polluelos* refugiándose al primer llamamiento bajo el ala maternal, y descansando

allí tranquilamente, ¿no han enseñado á tu alma la calma que resulta de la obediencia y de la vida de familia?

Obedecer, amar, permanecer cerca de los que nos aman, hijo mío, es la dicha.



Y la araña, en fin, que trabaja siempre, y siempre vuelve á comenzar su trabajo, sin desanimarse porque no tiene éxito, sino después de muchos ensayos, ¿no ha hablado á tu alma de la moderación y de la perseverancia?

La paciencia, hijo mío, y la confianza es la dicha.

III

El niño sonrió al anciano, que le abría los brazos, y arrojándosele al cuello le dijo abrazándole:

—Comprendo, abuelito; pero aunque sea un pobre ignorante, tengo necesidad de las lecciones de las criaturas para conocer la dicha. Yo encuentro estas lecciones en Ud., en

usted tan *paciente*, tan *dedicado*, tan *trabajador*, sobre todo, tan bueno para su hijito.

XV

Las almas que aman en Dios, *aman siempre*; y como son hermosas con la belleza de Dios mismo, que está en ellas, *se las ama siempre*.

XVI

A la casa de Dios.

¡Sí, á la casa de Dios!

Ir á la casa de Dios como va el hombre á la casa de su padre, de su médico, de su abogado, de su amigo, de su proveedor. Dios es todo esto.

Ir á Dios para ser aconsejado, para ser protegido, para ser dirigido, para ser amado; ir á Dios para todas las cosas, así espirituales como materiales, así del tiempo como de la eternidad, así del cuerpo como del alma.—

Dios es la fuente que lo posee todo, el poder que lo dirige todo, la sabiduría que conoce y arregla todo, la mano que da todo, el tesoro donde se encuentra todo.

Esta es, en toda su sencillez, la vida espiritual. ¡Dichosas las almas que viven de esta vida! Para ellas las criaturas no son sino los canales por los que Dios viene á ellas; ven á Dios en todas partes, van á Dios impulsadas por ese instinto divino que en cierto modo ha reemplazado en ellas al instinto puramente humano.



Con esta vida comenzaba á vivir ese sabio cuya inteligencia estaba tan iluminada, y cuya mirada era tan profunda, *Ampère*, que escribía hablando consigo mismo:

«Trabaja con espíritu de oración. Estudia las cosas de este mundo; es el deber de tu estado; pero no las veas sino con un ojo, para que el otro esté constantemente fijo en la luz eterna.

» Oye á los sabios; pero no los oigas sino

con un oído, para que el otro esté siempre dispuesto á recibir los dulces acentos de tu amigo celestial.

» No escribas sino con una mano; con la otra tente siempre fijo á los vestidos de Dios, como un niño se está agarrado al vestido de su madre. Sin esta precaución, infaliblemente se te estrellaría la cabeza contra alguna piedra.»



De esta vida vivía esa alma sencilla y recta que ha escrito estas líneas que vamos á reproducir. La cual nada quería *emprender*, *nada pedir*, sin haber consultado á Dios; *nada hacer* sino bajo la mirada de Dios; *nada recibir*, *nada poseer* sin partirlo con Dios. Para ella esta palabra de los Santos: *Dios mío y todas las cosas*, era una verdadera realidad, y bajo el influjo de este pensamiento vivía y obraba sin turbación, sin embarazo, sin preocupaciones.



He aquí lo que decía á Dios, y cómo iba á

Él como á su maestro, su consejero, su protector.

I.—DIOS MÍO, MI SEÑOR

Vengo á exponeros el proyecto que medito, el trabajo que me propongo hacer, y el que en esta hora me imponen, ó la obediencia, ó los deberes de mi profesión.

Vengo humildemente á ofrecerme á Vos, á pedir os permiso para obrar, y al mismo tiempo los medios de hacerme digno de Vos.

No quiero hacer nada de lo que no queréis, nada que no redunde en gloria vuestra, en utilidad de mi alma ó de las de mis hermanos, sino que quiero lo que Vos queréis, aunque ese trabajo parezca superar mis fuerzas, contrariar mis gustos, estar en oposición con mis costumbres.

¡Oh, Señor! Manifestadme vuestra santa voluntad dándome los medios que me permitan prosperar, ó poniéndome obstáculos que me impidan continuar.

Durante el trabajo dadme la paz, la luz, la fuerza, la constancia.

Después del trabajo, cualquiera que sea el éxito, dadme que os lo agradezca.

Gracias, Dueño mío, por emplear á vuestro esclavo y permitirle seros útil.

II.—DIOS MÍO, MI CONSEJERO

Vengo á preguntaros lo que debo hacer en esta circunstancia que se me presenta.

¿Cómo ejecutar este trabajo inspirado ó aprobado?

¿Cómo dar cima á esta empresa?

¿Cómo tratar á esta persona á quien tengo necesidad de ver? Ayudadme, Dios mío.

¿Cómo salir de este embrollo en que imprudentemente me he metido?

¿Cómo calmar esta inquietud que me agita?

¿Cómo reparar esta imprudencia que he cometido?

He sido culpable; ¿cómo me levantaré?